

—¡Imposible, Fernando! mi brazo sostiene una causa que no abandonaré sino hasta morir ó verla triunfante, dijo Gil Gomez.

—¿Pero me acompañarás á Jalapa?

—Te acompañaré, porque preveo una grave desgracia para tí y en la que necesitarás de mis consuelos.

—¿Una desgracia?

—Sí, pero no hablemos mas de ello.

Un soldado vino á avisar á su capitán que por los indígenas que venian de Jalapa, habian tenido noticia que el convoy se habia detenido á pernoctar en esta ciudad.

—¿Está bien! ¿han enterrado el cádaver y han recogido los caballos? preguntó Gil Gomez.

—Sí, mi capitán, todo se ha hecho, respondió respetuosamente el insurgente.

—Traiga vd. ensillados dos de los caballos que están de refresco allí abajo en la venta, y diga al alférez Peña que venga inmediatamente.

El soldado fué á ejecutar lo que se le mandaba.

A poco se presentó el alférez, jóven de diez y ocho años entonces, que hoy duerme para siempre con sus insignias de capitán y su espada de valiente, en el campo de matanza de la "Angostura."

Gil Gomez le ordenó retirarse con la guerrilla hacia el rumbo de Actopan, mientras que él permanecia en Jalapa para observar las operaciones del enemigo.

El soldado trajo dos caballos.

La guerrilla se reunió y marchó en buen orden, en la direccion indicada.

—¡Y ahora á Jalapa! exclamó Fernando tendien

do sus brazos hácia la hermosa ciudad, que encerraba todo lo que amó en la vida.

— Sí, á Jalapa, respondió lacónicamente Gil Gomez, lanzando una última mirada, al sitio en que dormia Don Juan con su último sueño.

— Sí, á Jalapa, donde está el amor, la calma, la felicidad, mi puerto de salvacion en las tempestades del mundo.

— O la tumba de tus ilusiones, murmuró Gil Gomez.

Y los dos ginetes lanzaron sus caballos al galope, desapareciendo á poco entre las tinieblas de la noche y las brumas que el cofre de Perote enviaba hácia Jalapa.

CAPITULO XXIII.

¡Para la eternidad!

La tarde misma en que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir, llamó un hombre á la puerta de la habitacion del Doctor.

Era el cartero, que entregó una carta que habia venido por el correo de México.

El Doctor, que velaba al lado de Clemencia, fué llamado por Don Estévan, que hacia dos dias habia ido á hacerla compañía y acababa de recibir la carta.

Estaba dirigida á Clemencia, bajo un sobre rotulado al Doctor.

—¿Qué haremos con esta carta? porque en el estado en que mi hija se encuentra, le es imposible

leerla, preguntó el anciano que se habia quedado pensativo con la carta en la mano.

—Yo creo, observó Don Estévan, que la impresion que le haga esta carta, debe mas bien serle provechosa que dañosa.

—Es verdad, amigo mio, dice vd. muy bien, le daremos esta carta, la primera que recibe despues de un año de silencio, ¿por qué privarla de esta última satisfaccion, cuando acaso mañana ó esta noche ¡Dios mio! todo habrá concluido para ella? exclamó el Doctor entre sollozos, penetrando seguido de su amigo, en el aposento de la moribunda Clemencia.

La jóven estaba reclinada sobre su lecho.

Una palidez mas profunda, una mirada mas apagada, una sonrisa mas triste, es la única diferencia que encontraremos en su rostro, que contemplamos hace pocos dias.

Sin embargo, en su fisonomía se podian leer esos signos misteriosos, que sin saber en lo que consisten precisamente, indican no obstante con bastante seguridad una muerte próxima, por mas animados que estén los enfermos.

—Hija mía, dijo el Doctor, esta carta acaba de llegar para tí y viene de México, ¿quieres leerla tú?

Clemencia abrió los ojos, que tenia cerrados á pesar de no estar dormida, al escuchar estas palabras de su padre, se sonrió, con una triste sonrisa por cierto, como si fuese un acontecimiento demasiado natural el que le anunciaba, y alargó su descarnada mano para recibir la carta.

Entre Don Estévan y el Doctor incorporaron so-

bre su lecho á Clemencia, y aproximó el primero la bugía que alumbraba la habitacion.

Clemencia abrió lentamente la carta, recorrió violentamente las pocas líneas que la componian, y se desmayó.

Era la carta que hemos visto escribir tan arrepentido á Fernando, y bien se comprende el efecto que sus palabras debian causar sobre el ánima enferma de la pobre niña.

El Doctor lanzó un grito, y apoderándose de la carta recorrió violentamente su contenido.

Al cabo de un momento, Clemencia abrió los ojos, volviendo en sí por las esencias que el Doctor le hacia respirar.

Volvió á pedirle la carta con un signo de cabeza, la volvió á leer con una triste lentitud, y cuando hubo concluido, con los ojos arrasados de lágrimas, besó la firma y guardó el papel en su seno.

Despues sollozó un rato, y en su rostro ajado por la enfermedad, se pintó una esperanza dulce, una fé intensa, una resignacion sublime, resignacion de mártir.

Despues, volviéndose al Doctor, dijo con acento tranquilo, vagando por sus labios una sonrisa de melancólica satisfaccion.

—¡Ya lo ve vd. padre mio! aunque tarde, llega al fin.

—Sí, y acaso dentro de un momento se encuentre á nuestro lado, dijo el Doctor.

—Dios nos lo habia quitado, y Dios nos lo vuelve, exclamó Don Estévan con emocion.

—Pero es inútil; es una lástima en verdad que llegue tan tarde; en vez de una amante se va á en-

contrar con una moribunda, murmuró tristemente Clemencia.

El Doctor y Don Estévan guardaron silencio.

—Procura reposar un momento, hija mia! dijo aquel.

—¡Estoy tan tranquila! me siento tan bien en este momento, que hasta me parece que puedo respirar mas libremente, continuó Clemencia.

El Doctor se entristeció; por el contrario, hacia poco habia auscultado el pecho de su hija y habia notado con espanto los progresos del mal en el pulmon derecho.

—¡Pues bien, procura reposar, dijo.

Y despues de haber dejado caer las cortinas del lecho de Clemencia, los dos amigos se salieron en silencio del aposento.

Serian las diez de la noche, cuando el Doctor y Don Estévan, que permanecian silenciosos en la pieza inmediata á la de Clemencia, que acababa de quedarse dormida, oyeron llamar fuertemente á la puerta.

Ambos se estremecieron, y por un instinto de amor de padres corrieron á abrir.

—¡Mi hijo!

—¡Fernando!

—¡Padre mio!

Este triple grito se confundió en uno solo.

Era en efecto Fernando, pálido, desencajado, anhelante, que se precipitó en los brazos de su padre.

Gil Gomez se quedó confundido en la sombra.

—¡Hijo! ¡hijo de mi corazon! por fin te vuelvo á ver despues de tanto tiempo, exclamaba sollozando Don Estévan.

—¡Perdon, padre mio! perdon, por los pesares

que he podido causar á vd. decia no menos conmovido Fernando.

Y padre é hijo se volvian á estrechar conmovidos.

Pasados los primeros transportes, en tanto que Fernando estrechaba la mano del Doctor, Gil Gomez que como hemos dicho se habia quedado en la sombra, contemplando mudo aquella escena en que se mezclaban tanto el dolor y el placer, se adelantó á Don Estevan y cayó de rodillas á sus piés, exclamando:

—¡Perdon! ¡padre mio! ¡perdon!

—¡Gil Gomez! murmuró sorprendido Don Estevan al reconocerle.

—Sí, su hijo de vd. que viene solo á implorar su perdon, para volver á partir, su hijo de vd. que le ha abandonado hace dos años, como un ingrato, para correr detras de su hermano.

—Levanta, ¡hijo mio! yo te perdono y he escuchado pronunciar tu nombre como el de un valiente y como el de un hombre honrado, dijo Don Estevan afectuosamente, levantando del suelo á Gil Gomez.

—¡Todos parecian tan felices!

¡Ay! aquella ilusion de felicidad habia de ser tan pasajera, tan pasajera, como esos celages de verano que aparecen un instante en el cielo y se disipan al soplo del viento.

Florencio Castillo ha hecho comprender todo lo ilusorio de los placeres terrestres, toda la triste esperanza de un dolor sin tregua, dejando caer solo estas dos palabras:

¡Hasta el cielo!

—¡Pobre humanidad! ¡perder la felicidad en el momento de alcanzarla!

¡He aquí tu destino!

Al cabo de un momento, Fernando, dirigiéndose al doctor le dijo con tristeza.

—¡Y Clemencia?

El Doctor no contestó, movió desalentadamente la cabeza y poniendo su dedo sobre sus labios, con el dedo al joven hasta la puerta de la habitación de su hija.

Don Estevan y Gil Gomez permanecieron mudos.

Fernando siguió al doctor en silencio.

Abrió éste sin hacer ruido la puerta, se acercó al lecho de Clemencia que estaba dormida y entreabriendo el cortinaje, se la mostró con una señal.

Al contemplar aquel rostro apacible, todavía bello, á pesar de la enfermedad, tan doliente y tan sereno, al contemplar aquel rostro querido que traía consigo todo un mundo de recuerdos, de ilusiones de tiempos mejores ya perdidos en la noche del dolor; aquel rostro que era la expresión de una esperanza, el signo de un remordimiento, la imagen mas patética y mas viva de un pesar sin límites; Fernando lanzó un grito que era al mismo tiempo un gemido y una queja, una ilusión y una acusación contra sí mismo y cayó de rodillas al borde del lecho, tomando entre las suyas las pálidas manos de Clemencia.

Al grito, abrió ésta los ojos y al mirar á la tenue y dudosa luz que despedía la lámpara de la habitación, á una figura llorosa y anhelante á su lado, comprendió mas bien que miró quién era.

Un último estremecimiento de vida circuló por

aquel cuerpo ya casi muerto, reunió todas sus fuerzas para incorporarse en el lecho, sus ojos brillaron con una expresión sublime de entusiasmo, último reflejo de una pasión desdichada, postrer luz de una lámpara que se apaga, primer flor que brota en un sepulcro, y cayó en brazos del joven, profiriendo entre sollozos y angustia estertorosa, este último grito supremo, queja y amor al mismo tiempo, postrer adiós de un corazón que se despide de una vida donde solo halló pesadumbres, martirio y desengaño.

—¡Fernando!...

—¡Clemencia! dijo á su vez el joven estrechando á aquella pobre moribunda contra su despedazado corazón.

Y los jóvenes confundieron durante algun tiempo sus sollozos.

Don Estevan y Gil Gomez, de pié junto á la puerta permanecían silenciosos.

El doctor lloraba cerca del lecho de su hija.

Era un espectáculo que hacia pedazos el corazón, el de aquellos jóvenes abrazados llorando, con el llanto que se derrama al terminar una larga y dolorosa ausencia y con el que se vierte al despedirse.

Era una ironía horrible, aquella alegría que debía causarles la dicha de volverse á ver, y aquel pesar del adiós para la eternidad.

¡Era espantoso el sarcasmo!...

Un joven lleno de vida, de esperanzas, de arrepentimiento, que venia á encontrarse con el alma de su alma, moribunda, doliente, suspendida entre la tumba y la tierra, entre la vida y la eternidad, entre el cielo y el mundo, entre Dios y el hombre.

¡Un sepulcro por tálamo nupcial!
¡Sollozos por palabras de ternura!
¡Silencio de pesar, por dulce recogimiento de placer!

—Clemencia ¿me perdonas, todos los sufrimientos que con mi ingratitud he podido causarte? ¡alma mía! exclamaba Fernando ahogada su voz por sus gemidos.

—¡Yo te perdono, dijo solemnemente Clemencia, reuniendo todos sus esfuerzos para proferir estas últimas palabras, elocuente historia de su vida y de su corazón.

Y arrancándose de los brazos de Fernando cayó pesadamente sobre el lecho.

Una hora despues, comenzó la agonía de Clemencia, agonía tranquila como su vida.

Su respiracion de desigual pasó á uniforme, como si el aire no penetrando ya en los pulmones, comenzase la asfixia poco á poco.

De cuando en cuando entreabria sus ojos ya opacos y los volvía al sitio en que Fernando, pálido, desencajado, con la mirada fija sobre su pálido rostro, llorando en silencio, la veía irse muriendo lentamente.

Otros momentos al sentir entre las suyas las manos de su padre las estrechaba debilmente.

A veces un quejido triste y débil se exalaba de su oprimido pecho, últimos signos del sufrimiento.

El Doctor, tranquilo, anonadado con ese anonadamiento del dolor que nos impide llorar y nos convierte en una especie de idiotas insensibles, á fuerza de sentir, miraba á su hija con una fijeza espantosa y sombría como la de un loco.

Don Estevan, veía alternativamente á su hijo á la moribunda y á su amigo, intentando en vano arrancarles de aquel lecho á que el dolor les atraía con un horrible magnetismo.

Gil Gomez se habia dejado caer abatido y silencioso sobre un sillón.

No se oía mas rumor que el de la péndola del reloj, que contaba implacable los momentos con una espantosa uniformidad, la imperceptible respiracion de la moribunda y los comprimidos sollozos de los circunstantes.

Fuera de la habitacion se escuchaban las voces de los criados que iban y venian, y el gemir del viento que se estrellaba sollozando contra las vidrieras.

Derrepente el Doctor exaló un doloroso gemido y cayó entre los brazos de Don Estevan, que corrió á él apresuradamente arrancándole del lecho.

Fernando lanzó otro grito, levantó entre sus brazos á Clemencia, la besó en la frente, llevando sus heladas manos contra su pecho, y llamándola con los nombres mas tiernos.

Pero la jóven no respondió, no hizo un movimiento y su pálida cabeza cayo pesadamente sobre el lecho.

¡Estaba muerta!

En un segundo habia atravesado ese misterioso camino, que va de la vida á la eternidad.

Sus labios se entreabrian por una sonrisa, sus ojos abiertos estaban fijos en el cielo, y una de sus manos colgaba fuera de la ropa del lecho.

El Doctor apoyada su cabeza sobre el pecho de Don Estévan lanzaba desgarradores gemidos.

Fernando, abrazado con Gil Gomez, lloraba con dolorosa desesperacion.

Un criado, cubria con sus mismas ropas la pálida cabeza de la muerta, despues de haber cerrado sus ojos.

Fuera, la misma tranquilidad, la misma calma, la misma indiferencia del mundo.....

Mas adelante volverémos á encontrar en otras circunstancias, á algunos de los personajes de esta historia.

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

FIN.

